

L A L E Y E N D A D E L P A L A C I O D E O R I V E

Para consolar la amargura de la pérdida de la esposa de don Carlos, el cielo le dejó una hija. En sus primeros años salió de casa sólo en compañía de una casera y más tarde de su padre.

En la esquina del monasterio de San Rafael, se plantó ante ellos una gitana, fingiendo contarle a Blanca el destino que le esperaba.

Habían pasado dos o tres años cuando, ya entrada la noche, oyeron que llamaban a la puerta; Se asomaron, y había unos hebreos que querían quejarse del corregidor de que no les darían albergue en ninguna de las casas de Córdoba, y pedían orden para hacerse, o que los dejaran pasar hasta aquel día.

Guimbarda accedió a la ventera que había recibido la noticia elogió a doña Blanca, tanto que por curiosidad se metieron por el ojo de la cerradura del portón para examinarlos.

Pronto se escuchó un sonido extraño y la tierra se abrió, dejando una abertura que conducía a una escalera de mármol.

Tanto don Carlos como su hija tenían curiosidad por conocer el misterioso secreto del joven prisionero.

Examinaron el portal y no notaron nada en el pavimento hasta que el dueño vio esparcidas sobre él muchas gotas de cera de la vela encendida por los hebreos.

Esperaron la noche, y cuando estuvieron todos reunidos, bajaron al portal y encendieron la luz, que dejó al descubierto de nuevo la escalera, por la que bajaba Blanca y atravesaba algunas galerías sin encontrar el menor rastro, entonces la tierra se cerró y Blanca se quedó encerrada allí.

Desde entonces se dice que una sombra misteriosa recorre toda la casa por las noches, lo cual se debe al alma de Doña Blanca, que aún deambula por estos conternos.